

FRANCISCO J. SANTAMARÍA, *Diccionario general de americanismos*. Méjico, Editorial Pedro Robredo, 1942: tomo I, A-F, 658 págs.; tomo II, G-Q, 558 págs.; tomo III, R-Z, con apéndices, 675 págs.

En tres grandes tomos ha presentado el señor Francisco J. Santamaría su *Diccionario general de americanismos*, obra que por su paciente estudio, por su documentación, por el buen criterio con que generalmente fue escrita, por la casi siempre recta y acertada ponderación de los elementos dialectales que la forman, merece bien de la república de las letras hispanoamericanas y ha de consultarse con provecho, aun por los más doctos.

No quiso hacer el autor, ni lo pretendió siquiera, como lo dice en el prólogo, "la verdadera obra, la necesaria obra lexicológica de selección, de ponderación, de análisis, de discriminación, de espulgo y limpieza de la lengua vulgar y culta, en sus modalidades semánticas y evolutivas entre los hispanoamericanos; pero a ello va encaminado en su propósito y en su contenido; es una síntesis de la inconmensurable labor que esa grande obra requiere; es la segunda piedra puesta como basamento del edificio que preconizo y que a otros más doctos, más idóneos en ciencia y eficiencia, la fortuna decretará electos para levantar".

Muy bien. Aunque hayamos de lamentar que no se trate, en realidad de verdad, de un libro escrito con todas las exigencias de la ciencia en estas cuestiones. Hizo el autor lo que pudo, que fue bastante, sin pretender erigir un monumento científico y se contentó, en lo cual anduvo acertadamente, con poner la piedra que habrá de sustentar en parte el edificio que otros más capaces o más alumbrados, o mejor documentados, han de levantar, si es que hay quien tenga luces y vagar para apechugar con semejante tarea.

Lo que hasta ahora lleva hecho el señor Santamaría, inclinado pacientemente y con cariño sobre sus cuartillas, merece franco aplauso, por más que su obra, como todas las humanas, haya incurrido en errores, o por falta de una buena información, o por cualquiera otra causa. Ello no le resta mérito a un trabajo que ha de estar siempre sobre la mesa de los doctos para ser hojeado y ojeado con particular atención. Empresa de tal naturaleza es, a todas luces, interesante para quienes tienen que entender en esos asuntos, sin que pueda menospreciarse porque no dió todas las veces el autor en el hito. Que bien puede decirse de muchos libros y con tanto mayor razón de los referentes al lenguaje, lo que se dijo ya:

Sunt quaedam bona, quaedam mala, quaedam mediocritas.

Diffícil, por no decir imposible, es conocer a fondo y sin peligro de errar, todas las particularidades del habla castellana en todos los países y andar linceando la diversa y variable semasiología de los vocablos. De ahí que quien se enfrenta a tan ardua empresa no debe menospre-

ciar las observaciones del más humilde y parapoco, ni menos pensar que cuando se hacen son mal intencionadas. En estas cuestiones necesitamos todos el granito de arena con que puede contribuir a levantar el edificio aun el menos avisado.

Santamaría quiso hacer un perfil lingüístico de las diferentes formas dialectales del habla española en América, con tan buena intención y con tanto acierto en general, dentro de su modesto propósito, que su obra ha de ser sobremodo útil para cuantos trajinan los agrios senderos de la dialectología popular o simplemente crudita. ¿Acertó siempre en la escogencia de los vocablos que constituyen el léxico netamente americano, les dió a éstos la genuina y auténtica significación, o logró saber cuáles se usan o nó en determinada región? Hé aquí lo que no puede afirmarse, aunque, refiriéndonos a lo primero, hallamos bastante acertado su buen criterio en el asunto. "Entiendo, dice, que debe tenerse por americanismo toda entidad elocutiva —voz, frase, giro, expresión— que con raigambre y oriundez en la estructura misma, en la génesis, en la índole de la lengua española, constituya por su fisonomía o por su contexto una modalidad o modificación, una variante semántica, lexicológica o ideológica, una nueva forma de la lengua misma; pero una variante o una forma peculiares de la América Española, reservadas al uso de esta porción del Nuevo Mundo, que han tenido origen en este continente o que, aun cuando sin haberlo tenido aquí, nos pertenecen por el derecho de uso exclusivo, por lo menos casi exclusivo, y porque de tal suerte se han perdido para el solar natío, que sólo se conserva en América".

Cierto que resulta aventurado decir cuáles vocablos dejaron de usarse en ésta o la otra región del mundo español, o cuáles nos pertenecen por derecho de uso exclusivo o casi exclusivo, y tanto como eso señalar, sin equivocación, por zonas dialectales como algunos hacen, el uso de determinados vocablos.

Como los vocablos, según afirma el sabio lingüista y filólogo Bertoni, "luchan, sucumben, triunfan, viajan, y viajando sufren y pueden sufrir notables transformaciones", como que "nuevos sedimentos lexicales pueden sobreponerse a otros, de tal manera que lo que a primera vista parece indígena se revela, a las veces, después de un profundo examen, importado, y no faltan además otros elementos y factores de perturbación que constituyen uno de los principales motivos de duda para quien se apresta a trazar un esbozo dialectológico como el que se presenta al público estudioso"¹, ¿quién será el que pueda arriesgarse a sostener que tal o cual vocablo es puro americanismo o que su uso corresponde de manera exclusiva o casi exclusiva a los americanos de habla española?

En unos vocablos la índole americana salta a la vista; en otros nó; y aun entre los que hemos venido en llamar netamente americanos,

¹ *Italia dialettale.*

como *chicha*, no salimos del asombro cuando lo hallamos estampado en los sermones de un predicador tan famoso, y escritor de los más grandes de España, como el Padre Cabrera, quien refiriéndose a San Pablo les decía a sus oyentes: “. . . persona chiquita, tan poca *chicha* como decís”. El Padre Cabrera era contemporáneo de Felipe II y quizá no había estado por estas tierras de América para usar un vocablo que, por otra parte, atribuía a los mismos que le escuchaban en la cátedra sagrada. Para explicarnos la significación española no es suficiente pensar en el sentido americano, pues al fin y a la postre una misma es la palabra. Por donde se ve cómo debemos andar con pasos atentados por tan huidizos y resbalosos senderos como los de los vocablos.

Todo lo cual no va a decir que no estemos en presencia de una obra interesante para cuantos han menester consultar el habla de los países castellanos de América. Tan interesante, que bien se tiene merecidos el autor elogios de la crítica imparcial, aunque el señor Santamaría no quiere que se le hagan observaciones, según lo dice en el prólogo: “No faltarán, dice, zoilos estériles que me salgan al paso a poner reparos a la obra. No necesito que se los pongan. De antemano los doy por puestos. Lo que quiero es que hagan ellos la obra perfecta que se necesita. El movimiento se demuestra andando. De lo contrario, los dejaré en el camino, a la vera de la corriente, como el añoso tronco que ve discurrir el agua solamente, que murmura de ella, sin correr como ella”.

A riesgo de que se nos cuelgue el sambenito de zoilos estériles, vamos a hacer unas pocas observaciones sobre la letra A del *Diccionario*, con peligro de quedarnos como añoso tronco a la vera de la corriente, viendo discurrir el agua solamente, “sin correr como ella”. Claro! Como que el tronco, por más añoso que sea, no puede correr como el agua.

ABANDONADO. También se usa esta voz en Colombia en el mismo sentido que tiene en Méjico.

ABANDONO. En Colombia usamos esta voz como en Méjico, Chile, etc.

ABENTESTATE. Esta palabra, corrupción de la locución usual en Derecho Romano *ab intestato*, no la hemos oído jamás en estrados judiciales, ni en boca del vulgo de picapleitos y golillas.

ABISMARSE. No se puede circunscribir el uso de este verbo, que no es barbarismo por *asombrarse*, a los países que cita el autor, pues en Colombia se le oye a menudo. La Academia lo ha admitido en su léxico oficial y tiene buenas autoridades para defenderlo.

ABOMBAR. No es solamente la segunda acepción que registra el *Diccionario* a que nos referimos la usual en Colombia, sino también la de asordar, aturdir, que registra la Academia, y a las cuales alude Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

- ACALORADO, DA. No es exacto que se use principalmente en Méjico y Cuba en el sentido indicado, sino también en Colombia.
- ACATAR. No es solamente "de uso vulgar en Centro América y hasta Venezuela y Puerto Rico", como se afirma, sino en todo Colombia, por acertar, echar de ver, caer en la cuenta, etc. Si el autor hubiese leído a Cuervo habría sabido que "*acatar* y *catar* se usaron promiscuamente en varias acepciones, tanto que Nebrija no da sino el primero; de modo que no es extraño que se diga 'Cuando *acaté*, ya estaba roto', supuesto que son corrientes frases como 'Cuando no se cata, cuando menos se cata da de ojos en el despeñadero' (olvidadas en las dos últimas ediciones del *Diccionario*)" (*Apuntaciones*, 708). El verbo *catar* en el mismo sentido en que aquí usamos *acatar* es de uso clásico en varios períodos de la lengua y lo registra el *Diccionario de autoridades*.
- ACOCHINARSE. No es la significación que trae el *Diccionario de americanismos* la general en América, pues en Colombia vale por *estar abatido, humillado, postrado*.
- ACOTEJAR. No es solamente vulgarismo cubano, por ordenar, acomodar, sino colombiano de uso frecuente, comunísimo.
- ADIOSITO. No puede circunscribirse el uso popular de este diminutivo a Méjico y a las Antillas Mayores, porque en Colombia se le oye dondequiera.
- AFORTUNADO, DA. Este adjetivo, que el autor estima como americanismo "con relación a frases, expresiones, palabras, etc., bien empleada, oportuna, de gran novedad, feliz" (sic) y que, refiriéndose a personas ha sido tan socorrido desde el siglo de oro, corresponde al caudal general de la lengua.
- AFRIJOLAR. Son varios los sentidos que este verbo tiene en Colombia, como encajar, ajustar, concretar a una persona a un punto o cosa determinados, etc.
- AGENCIERO, RA. En Colombia, el que vende oficialmente licores.
- AGUARAPARSE. En Colombia, frustrarse. "Se aguarapó la fiesta", además de alguna de las significaciones que trae el *Diccionario* a que aludimos.
- AGUATERO, RA. También se usa en Colombia por aguador. No hay para qué circunscribir el uso de este vocablo a Cuba y Centro América, Chile y Argentina.
- AHORITICA. También se usa en Colombia, tanto como en Cuba.
- AIPE. En Colombia, población del departamento del Huila.
- ALEBRESTARSE. "En Colombia, dice el señor Santamaría, encabritarse el caballo, alborotarse echando coces y aun respingos u otras cosas". Le faltó consultar a Cuervo para saber que entre nosotros signi-

fica "animarse, alborotarse, erguirse, encabritarse los caballos y otros animales, como la liebre y los conejos cuando se enderezan afirmándose sobre la parte trasera" (*Apuntaciones*, 628). También vale entre nosotros *alegrarse*, andar entre pinto y valdemoro, o calamocano, que es lo que indica también entre nosotros la palabra *alebrestado*, lo mismo que en Tabasco.

ALEGAR. Tanto como en Méjico, Puerto Rico, Argentina, etc., se usa entre nosotros con la significación de discutir, disputar.

ALMAIZAR. "Anduvo, dice el autor, como americanismo, en vocabularios de Méjico, Colombia y el Ecuador; en el *Diccionario* de la Academia, como mejicanismo; hoy ha entrado como castizo". Si la memoria no nos es infiel, hemos visto esa grafía en las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita.

ALÓ. Esta interjección se usa en Colombia, lo mismo que en Chile, para hablar por teléfono.

A LO QUE. Según Cuervo nos viene de España este provincialismo, como que en Aragón se ha dicho, y se dice, lo mismo que en Costa Rica, Tabasco y en todo Colombia, *a lo que por cuando, al tiempo que, a la sazón que* (*Apuntaciones*, 337, 970). Se usa también en Cataluña, y el profesor Urbano González de la Calle nos dice que es de uso vulgar en Castilla y Extremadura también.

ALUMBRARSE. También se oye en Colombia, por embriagarse.

AMACHORRADO. Igualmente se oye en Colombia, por infecundo.

AMADRINADO. En Colombia tiene esta palabra, especialmente en el departamento del Huila, la misma significación que en la Argentina.

AMAGAMENTO. No es la significación que trae el *Diccionario de americanismos* la que tiene esa palabra en algunos departamentos de Colombia, por ejemplo en el Huila, donde significa depresión de un terreno alto o de una cima o cordillera.

AMAÑARSE. La segunda acepción es la usual en Colombia. Habría sido conveniente que el autor se hubiese referido a lo que dice Cuervo: "*Amañarse* era hasta la 11ª edición [del *Diccionario* de la Academia] 'acomodarse con facilidad a hacer alguna cosa', y las frases 'amañarse a escribir, con cualquiera' que en la *Gramática* de la Academia (Salvá: 'a la, con la vida solitaria, a enseñar') casan con nuestro uso; ahora es 'darse maña', ('ingeniarse, ayudarse, disponer sus negocios con habilidad'), lo que cae tan lejos de aquel uso como del clásico" (*Apuntaciones*, 702). En su 16ª edición dice el *Diccionario* de la Academia, en la 3ª acepción de *amañar*: "Darse maña, acomodarse con facilidad a hacer alguna cosa". Volvió, pues, en parte, a la definición de la 11ª edición, y a sancionar, digámoslo así, nuestro uso.

AMARTELADO, DA. Esta palabra, tan frecuente en los Libros de Caballerías, en Quevedo, en Quiñones de Benavente y en muchos autores

de los mejores tiempos de la lengua, no puede tenerse por americanismo por el solo hecho de usarse a veces en América, pues no la usamos exclusivamente. Es voz general del idioma y en España mismo no ha desaparecido. Oigase lo que dice Moratín para probar que esa palabra es de los clásicos del idioma:

El Cuarto Enrique en el antiguo Prado
hizo ruar las damas muy galanas
y allí su caballero *amartelado*.

ANACO. En Colombia no es general la acepción de guñapo, andrajo, que, por nuestra parte, no hemos oído. En el Huila significa camisa o vestido de baño de las mujeres del pueblo.

ANGÚ. En Colombia es usual la segunda acepción.

ANGURRIA. También se oye en Colombia, especialmente en el Huila.

ANÓN. La fruta de este árbol también es conocidísima en todo Colombia.

ANTUCO. Este diminutivo es también muy usado en Colombia.

APACHURRAR. Dice Santamaría: "En parte de Méjico, en Cuba y Colombia, achaparrar, dicho en estilo festivo o irónico". Si hubiera consultado a Cuervo no hubiera ignorado que "*despachurrar* (aplastar algo despedazándolo o estripándolo con fuerza, según el *Diccionario*) nos da *apachurrar*, con que indicamos una acción menos violenta, como abollar, apabullar" (*Apuntaciones*, 916). Otra cosa es *achaparrar*, cuyo sentido no lo atribuimos a *apachurrar*.

APACHETERO. Debí decirse en qué países de Sur América se usa esa palabra, totalmente desconocida en Colombia, si no nos equivocamos.

APALABRADO. Voz comunísima en el siglo de oro, como lo prueba, entre otros, Cervantes en *La Gitanilla*. No creemos que sea americanismo por el hecho de usarla nosotros bastante. ¿Acaso la usamos exclusivamente? (Vid. Cuervo).

APERREADO. La expresión *vida aperreada* que pone el autor del *Diccionario* como americanismo, procede del siglo de oro y la usaron mucho los místicos españoles.

ARCIONAR. En Colombia es conocida la 1ª acepción que trae el *Diccionario*.

ARROJAR. También se oye mucho en Colombia, por vomitar.

ATILLO. Igualmente en Colombia.

ARRECHO. La significación de "tieso, erguido, brioso", que esta palabra tiene en Alava, según Baraibar, es usual y comunísima no solamente en Antioquia, como lo dice el *Diccionario*, sino en todo Colombia, tanto como en Tabasco de Méjico. En el sentido de persona lujuriosa puede ser americanismo. Sea del caso rectificar

la aseveración de Membreño de que esa voz y sus familiares "cayeron en olvido en España", con el siguiente texto de Mosén Lorenzo Ribes, de la Real Academia Española, sacerdote mallorquín, el cual, traduciendo la tragedia de Séneca titulada *Hércules furioso* (*Hercules furens*), dice, en el pasaje correspondiente, lo que sigue: "Su saña es igual a su aspecto; así que oyó ruido de pies, levanta sus pelos hispídos de reptiles retorcidos y, con la oreja *arrecha*, capta el sonido lejano, él, habituado a sentir el paso de la sombras" (*Tragedias completas de Lucio Anneo Séneca*, edición de la *Colección Crisol*, pág. 51, *in fine*).

AURA. Si el autor hubiera leído a Cuervo se habría informado de que esa ave de rapiña se llama en Colombia no solamente *galembó*, sino también *chicora*, *chulo* y *samuro*.

AUTOROSO. El empleo de esta palabra por abusivo, puede circunscribirse tal vez a alguna determinada región. Es aventurado afirmar que se trata de un vulgarismo "principalmente colombiano". En cuanto a nosotros concierne, no la hemos oído jamás.

AVENDAJAR. "*Vendaje*, dice Cuervo, es lo que se da por el trabajo de vender; en Bogotá lo que se da al que compra: adehala, alboroque. De aquí pan, chocolate *avendajado*" (*Apuntaciones*, 597). El *Diccionario* general de la lengua trae la acepción de la palabra *vendaje*, que es la que recuerda Cuervo, y el mismo *Diccionario* advierte que no solamente se usa en Colombia, sino en Costa Rica, Ecuador y Perú. Ahora, *avendajar*, *avendajado*, no es sólo colombianismo, como lo asevera el autor del *Diccionario de americanismos*.

Aunque el autor escribió su libro sin "pujos de magnificencia", y aunque lo entregó "a la consideración de la crítica", las observaciones que hemos hecho no amenguan, repetimos, el mérito de una obra tan importante, tanto menos si se cae en la cuenta que la ciencia del lenguaje es de suyo peligrosa y aun expuesta a baques tremendos.

JULIAN MOTTA SALAS

CARL D. BUCK, *Comparative Grammar of Greek and Latin*. Chicago, The University of Chicago Press, 1942.

Existe sin duda un número bastante amplio de manuales, gramáticas y diccionarios aptos para proporcionar, tanto al estudiante como al especialista de los idiomas clásicos, una cantidad suficiente de conocimientos y de ejemplos. Pero, exceptuando las obras de gramática comparada, ya sea la de Meillet, o la de Meillet & Vendryes, los tratados relativos a un estudio sistemático y, por decirlo así, paralelo de las dos grandes lenguas clásicas no son bastante numerosos. En este